



Escuela de
**MEDICINA
HUMANA**



ANTROPOLOGÍA

UNIVERSIDAD DEL SURESTE

FACULTAD DE MEDICINA HUMANA

ENSAYO TANATOLOGÍA

CATEDRATICO: AXEL GUADALUPE CEBALLOS SALAS

ALUMNA: GILDA TORRANO DÍAZ

JUEVES 03 DE JULIO DE 2025
CAMPUS BERRIOZABAL, CHIAPAS

"Porque perder a un padre es sufrir una falla multisistémica del alma: el corazón entra en bradicardia emocional, la mente en un estado disociativo, y el duelo se infiltra como metástasis en cada célula viva, dejando al cuerpo en pie, pero clínicamente ausente."

La pérdida de mi padre

El 17 de octubre del 2020, perdí a mi padre. Tenía 71 años y falleció a causa de una enfermedad pulmonar obstructiva crónica (EPOC), agravada por un infarto agudo al miocardio. Había sido fumador desde los 15 años, consumiendo hasta dos cajetillas de cigarros al día durante décadas, y aunque dejó de fumar a los 68 años, el daño ya estaba hecho. La EPOC había avanzado, y junto con una atelectasia pulmonar, su cuerpo ya no podía luchar más.

Desde mi mirada como médica:

Como estudiante de medicina, entendí lo que su cuerpo estaba atravesando, pero eso no hizo más fácil su pérdida. Sabía que la EPOC era una condición crónica e irreversible que destruye progresivamente los pulmones. Su historia de tabaquismo severo fue determinante; sus alvéolos estaban debilitados, sus bronquios colapsaban con frecuencia, y su oxigenación era cada vez más deficiente.

Cuando le sobrevino el infarto, su corazón simplemente no resistió. El esfuerzo constante por respirar, la hipoxia mantenida y el estrés fisiológico fueron factores que contribuyeron a ese desenlace. Médicamente hablando, si hubiera sobrevivido, su calidad de vida habría sido muy limitada. Probablemente habría necesitado oxígeno suplementario continuo, múltiples hospitalizaciones, fisioterapia respiratoria intensiva y apoyo cardiológico. Es posible que también se hubiera desarrollado insuficiencia cardíaca crónica, hipertensión pulmonar, o incluso algún deterioro neurológico secundario a la hipoxia.

Como médica, intento ser objetiva, comprender que la muerte, en su caso, pudo haber sido un descanso tras tanto sufrimiento físico. Pero ser médica no me salvó del dolor humano, de la pérdida real. No hay conocimiento clínico que prepare el alma para no tenerlo más.

Desde mi mirada como hija:

Como hija, su muerte fue una ruptura interna que aún no logro sanar por completo. Uno es egoísta. Uno quiere a sus padres para siempre, aunque sepa que no es posible. Me duele profundamente que no haya estado en momentos cruciales de mi vida: no me vio graduarme de secundaria, tampoco de preparatoria. No estuvo en mis quince años, ni en mis cumpleaños posteriores. No me va a poder entregar al altar. No va a verme enamorada, ni va a saber lo que es tenerme embarazada. No va a conocer a sus nietos.

Lo extraño todos los días. Extraño sus historias, sus abrazos, sus mimos, sus besos. Extraño sus consejos. Extraño tener a mi gigante, a ese hombre que me hacía sentir protegida solo con su presencia. Ya no está, y lo más difícil de aceptar es que no volverá.

Durante un año entero, me escondí en libros, en series, en la fantasía de otros mundos, intentando no pensar en la realidad de que ya no lo tenía. Esa fue mi forma de no derrumbarme. No fui a terapia, aunque sé que debí hacerlo. A veces uno simplemente no está listo para hablar. Mi forma de sanar ha sido escribirle cartas, poemas, incluso un libro. En cada palabra, en cada página, está él. Y aunque no he ido con un profesional, he encontrado en las letras una especie de refugio, una especie de abrazo que me da paz.

A veces me imagino que vuelve, solo por unos minutos, que puedo abrazarlo y decirle cuánto lo amo. Porque él fue el primer hombre que amé y será el último al que nunca dejaré de amar. Él es mi papá, y siempre lo será.

Reflexión final:

La tanatología me ha enseñado que el duelo es un proceso, que no hay una sola forma de vivirlo, que no hay tiempos definidos. Lo que sí hay es amor, un amor que permanece más allá de la muerte. Aunque ya no esté físicamente, mi papá sigue viviendo en mí, en mi manera de pensar, de amar, de enfrentar la vida. Su ausencia me marcó, pero también me impulsa.

No hay día que no lo extrañe. Pero cada día, el amor que siento por él me recuerda que fue, es y será una de las personas más importantes de mi vida.